

XXIV

«Tahiti la deliciosa, esa reina polinesiana, esa isla de Europa en medio del Océano salvaje—la perla y el diamante del quinto mundo.»

(DUMONT D'URVILLE)

La escena pasa en el palacio de la reina Pomaré en noviembre de 1872.

La corte, generalmente con los pies descalzos, tendida sobre la hierba, ó sobre esterillas de junco ó de *pandanus*, estaba de fiesta aquella tarde y en su traje de gala.

Yo estaba sentado al piano y la partitura de *La Africana* abierta ante mí. Este piano, recibido allí aquella mañana, era un innovación en la corte de Tahiti; era un instrumento de gran precio que tenía voces agradables, dulces y profundas, como sonidos de órgano, ó sonido lejano de campanas, y la música de Meyerbeer iba por primera vez á ser oída en la corte de Pomaré.

De pie, cerca de mí, estaba mi compañero Randle, que dejó más tarde el oficio de marino por el de primer tenor en los teatros de América y que adquirió celebridad bajo el nombre

de Randetti, hasta que dándose á la bebida, murió en la miseria.

Estaba entonces en toda la plenitud de su voz y de su talento; yo no habia oído nunca, ni en ninguna parte, voz de hombre más vibrante ni más deliciosa.

En el fondo del salón, bajo un retrato suyo de cuerpo entero, en donde un artista de talento la pintara hacía ya treinta años, bella y poetizada, estaba la vieja Reina sobre su dorado trono, adornado con brocados rojos. Tenia en su regazo á su moribunda nieta, la pequeña Pomaré V, que fijaba sobre mí sus hermosos y grandes ojos negros agrandados por la fiebre.

La vieja Reina ocupaba todo el ancho del asiento con su mole (pues una mole parecía su persona). Vestía una túnica de terciopelo de color carmesí, y botinas de raso aprisionaban trabajosamente su gruesa pantorrilla.

Al lado del trono habia colocado un plato muy grande lleno de cigarrillos de *pandanus*.

Un intérprete, vestido completamente de negro, permanecía de pie cerca de aquella mujer, que entendía el francés como una *parisienne*, y que jamás consintió en hablar una sola palabra en este idioma.

El almirante, el gobernador y los cónsules, estaban sentados cerca de la reina.

En aquel viejo, moreno y cuadrado rostro,

se reflejaba aún cierta grandeza, y sobre todo una inmensa tristeza; tristeza por ver que la muerte le arrebatara uno tras otro á sus hijos, atacados de un mismo é incurable mal; por ver que su reino, invadido por la civilización, se desmoronaba, y que su hermoso país se convertía en un lugar de prostitución.

Todas las ventanas que daban al jardín estaban abiertas; se veían por ellas multitud de cabezas coronadas de flores, que se aproximaban á escuchar: toda la servidumbre de la corte; Faimana, tocada como una náyade, con hojas y delgadas y finas mimbres; Téhamana, coronada de flores de datura; Téría, Raouréa, Tapou, Ereré, Tairea, Tiahoui y Rarahu.

La parte del salón, enfrente de la cual estaba yo sentado junto al piano, estaba enteramente abierta; reemplazaba á la pared una columna de madera de las islas, á través de la cual la campiña tahitiana se veía á la luz de las estrellas.

Al pie de aquellas columnas, sobre lejano y oscuro fondo, destacábanse altas gradas que ocupaban todas las mujeres de la corte; princesas ó jefas de las islas. Cuatro candelabros dorados á la *pompadour*, cosa extraña en aquel lugar, las iluminaba de lleno, haciendo brillar sus tocados, verdaderamente elegantes y, más que elegantes, extraños. Sus pies, naturalmente pequeños, estaban aquella

noche oprimidos por irreprochables botinas de raso.

Allí estaba la espléndida Ariinoore, con túnica de raso de color de cereza, coronada de *péa*. Ariinoore, que rehusó la mano del teniente de navío francés M **, que se había arruinado por la canastilla de boda y la mano de Kaméhaméha V, rey de las islas Sandwich.

Al lado de Ariinoore, Paúra, su amiga inseparable, tipo encantador de la salvajería, con su extraña fealdad ó extraña belleza (tan dispuesta á comer pescados como carne humana crudos); singular muchacha que viviendo en medio de los bosques y en uno de los distritos más apartados, poseía la educación de una *miss* inglesa y valsaba como una española...

Titaüa (que cautivó al príncipe Alfredo de Inglaterra), único ejemplar de tahitiana que seguía siendo bella en la edad madura, vistosamente adornada de perlas finas y con la cabeza recargada de *reva-reva* (1) flotantes.

Las dos hijas de Titaüa (recientemente desembarcadas en Tahiti de regreso de Londres, en donde habían sido educadas en uno de los mejores colegios), que se parecían á su madre en lo hermosas, luciendo magníficos trajes de

(1) Flor llamada de los abismos, poco abundante y muy estimada en la Polinesia. —(N. del T.)

baile á la europea, medio disimulados por complacer á la Reina, bajo tahitiana tapa de gasa blanca.

La princesa Ariitéa, hija política de Pomaré, con su dulce figura, soñadora é ingenua, fiel á su tocado de rosas naturales de Bengala, colocadas entre sus sueltos cabellos.

La Reina de Bora-Bora, otra vieja salvaje, de puntiagudos dientes, con traje de terciopelo.

La reina Moé (Moé: sueño ó misterio), con traje oscuro, de una belleza regular y mística y ojos velados, que parecían mirar tan sólo las cosas lejanas como los retratos antiguos.

Detrás de estos grupos, en plena luz, en la transparente profundidad de las noches de la Oceanía, se destacaban las cimas de las montañas pareciendo tocar al estrellado cielo; una apiñada alameda de plátanos, dibujaba su pintoresca silueta formando sombras chinescas con sus inmensas hojas y los grandes racimos de sus frutos. Detrás de estos árboles, las magnas nebulosas del cielo austral, formaban un espléndido foco de luz, resaltando entre ellos la *Cruz del Sur*. ¡Nada más idealmente tropical que aquella grandiosa decoración!

En la atmósfera flotaba ese exquisito perfume de las gardenias y de los naranjos, que se condensa por la noche bajo el espeso follaje. un gran silencio, solamente interrumpido por

el ligero ruido de los insectos al circular por entre las hierbas, y aquella sonoridad particular de las noches tahitianas, que predispone á dejarse dominar por el poderoso encanto de la música.

El trozo elegido era en el que Vasco embriagado se pasea solo por la isla que acaba de descubrir y admira aquella desconocida naturaleza;—trozo en que el maestro ha pintado con rara perfección los lejanos esplendores, que conocía tan solo por intuición, de aquel país de verdor y de luz.—Y Randle, paseando la mirada en torno suyo, comenzó con su deliciosa voz:

«País maravilloso,
Jardín afortunado.

.....
¡Oh! paraíso... surgido de las ondas...
.....

La sombra de Meyerbeer debió estremecerse de alegría aquella noche oyendo interpretar así su música, al otro extremo del mundo.

XXV

Hacia la terminación del año se anunció una gran fiesta en la isla de Moorea, con mo-

tivo de la consagración del templo de Afareahitu.

La reina Pomaré manifestó, al *Almirante de los cabellos blancos*, su propósito de asistir á ella con toda su corte y servidumbre, invitando al propio tiempo al Almirante á la ceremonia y á un gran banquete que debía seguir á ésta.

El Almirante puso la fragata á la disposición de la Reina, y quedó convenido que el *Rendeer* aparejaría para transportar allá abajo toda la corte.

La servidumbre de Pomaré era numerosa, alegre, bulliciosa y pintoresca, y se había aumentado en aquella ocasión con doscientas ó trescientas jóvenes, que habían hecho un gran despilfarro de *reva-reva* y de otras flores.

Una agradable y hermosa mañana de diciembre, el *Rendeer*, que acababa de largar sus grandes velas blancas, fué tomado por asalto por toda aquella alegre multitud.

A mí se me había dado la comisión de ir á Palacio en traje de gala á buscar á la Reina. Esta, que deseaba embarcarse sin aparato alguno, había enviado á bordo, con antelación, á toda la corte y á las mujeres de su servidumbre, y en íntimo y familiar cortejo nos encaminamos nosotros á la playa cuando apenas comenzaba á alborear.

La vieja Reina, que llevaba un vistoso traje

encarnado, abría la marcha llevando de la mano á su nieta tan querida, siguiéndola á respetuosa distancia nosotros; la princesa Ariitéa, la reina Moé, la reina de Bora-Bora y yo.

Cuadro era aquel, que recuerdo á menudo con complacencia. Las mujeres tienen sus momentos de esplendor, y aquel fué uno de los de Ariitéa. La imagen de la angelical Ariitéa, caminando á mi lado bajo aquellas exóticas plantas, á la luz del crepúsculo, es la que yo veo aún, cuando, á través de las distancias y del transcurso de los años, pienso en ella...

Cuando el bote de gala, que llevaba á la reina y á las princesas atracó al costado del *Rendeer*, la tripulación de la fragata, en correcta formación sobre las vergas, según el ceremonial de costumbre, gritó por tres veces seguidas: ¡*Viva Pomaré!* y veintiún cañonazos resonaron en las tranquilas playas de Tahiti, que parecieron estremecerse á su estampido.

Seguidamente la reina y la corte penetraron en el departamento del almirante, en donde les esperaba un *lunch* de su gusto, compuesto de bombones y de frutas, y para completar este extraño *lunch*, numerosas botellas con *champagne* rosa.

Entretanto la servidumbre de todas las clases se había diseminado por los diversos departamentos del navío, llevando á ellos el más

grande y alegre barullo, y lanzando á los marinos naranjas, plátanos y flores.

También Rarahu estaba allí embarcada, como una personita de la servidumbre real; Rarahu, pensativa y seria en medio de aquel desbordamiento de bulliciosa alegría. Pomaré había llevado consigo los más notables coros de *himené* de sus distritos, y con tal motivo Rarahu, que era una de las partes más importantes del coro de Apiré, había sido invitada á la fiesta.

Una digresión es aquí necesaria á propósito del *tiaré-miri*, objeto que no tiene equivalente en los accesorios de tocado de las mujeres europeas.

Este *tiaré* es una especie de dalia verde, que las mujeres de Oceanía colocan en los cabellos, un poco más arriba de la oreja los días de gala y de fiesta. Examinando de cerca esta extraña flor, se nota que es ficticia, está armada sobre un junco y compuesta de hojas de una planta parásita muy menuda y aromática, especie de licopodio que crece y se extiende por las ramas de ciertos árboles de los bosques.

Los chinos son muy versados en el arte de armar *tiaré* muy artísticas, que venden muy caras á las mujeres de Papeete.

El *tiaré* es especialmente el adorno de las fiestas, de los festines y de los bailes; cuando es ofrecido por una tahitiana á un joven, signifi-

ca, poco más ó menos, lo mismo que significa el pañuelo arrojado por el sultán á su odalisca preferida.

Todas las tahitianas llevaban *tiaré* en sus cabellos aquel día.

Yo había sido elegido por Ariitá para acompañarla durante el *lunch* oficial, y la pobrecita Rarahu, que se había apresurado á formar parte de la expedición tan sólo por mí, me esperó largo tiempo sobre el puente, llorando en silencio al verse así abandonada. Castigo bien severo que yo la había impuesto por un capricho de niña, que duraba aún desde la víspera, y que la había hecho verter ya muchas lágrimas.

XXVI

Dos horas llevábamos ya de travesía, cuando nos aproximamos á la isla de Moorea.

Producían descomunal ruido en el salón común del *Rendez* una docena de muchachas que, elegidas entre las más alegres y las más lindas, habían sido convidadas por los oficiales á un abundante almuerzo.

Rarahu, en mi ausencia, había accedido á tomar parte en él, y estaba allí, en compañía de Téourahi y algunas otras amigas suyas; ya

no lloraba; había enjugado sus lágrimas y se reía á carcajadas.

No hablaba el francés como la mayor parte de las otras; pero por signos y por monosílabos, sostenía una conversación muy animada con sus vecinos, los cuales la encontraban encantadora.

Finalmente, y esto era el colmo de la perfidia, á los postres había ofrecido, llena de gracia y de mimo, su *tiaré* á Plumkett.

Es preciso confesar que era demasiado inteligente para no saber que había elegido bien, y que Plumkett no querría comprenderla.

XXVII

¡Cómo pintar aquel encantador paraje!... ¡La bahía de Afareahitu! Grandes y negros picos de aspecto fantástico, bosques espesos, misteriosos grupos de cocoteros inclinando sus copas sobre el agua tranquila, y, bajo los grandes árboles, algunas cabañas diseminadas entre los naranjos y las adelfas.

Al primer golpe de vista, y aun en los primeros momentos, se hubiera dicho que no existía persona alguna en aquellos umbríos lugares, y sin embargo todos los habitantes de

Moorea nos esperaban allí silenciosos y medio ocultos bajo las verdosas bóvedas.

Se respiraba en aquellos bosques una frescura húmeda; un extraño olor á musgo y á plantas exóticas; todos los coros de *himené* de Moorea, estaban allí sentados, en cierto orden, entre los enormes troncos de los árboles; todos los cantores de un mismo distrito estaban vestidos de un mismo color: los unos de blanco, los otros de verde ó rosa, y todas las mujeres coronadas de flores, y todos los hombres de hojas y de juncos. Algunos grupos de gentes, más tímidas ó más salvajes, habían permanecido internados en el bosque y nos veían llegar permaneciendo medio ocultos detrás de los árboles.

La reina dejó el *Rendeer* con el mismo ceremonial con que se la había recibido en él, y el ruido del cañón repercutió á lo lejos en las montañas.

Saltó en tierra y avanzó acompañada por el almirante. Habían pasado ya los tiempos en que los indígenas llevaban en brazos á la reina por temor á que pusiera los pies en su territorio; la vieja costumbre, por la cual todo territorio en donde la reina pusiera el pie pasaba á ser propiedad de la corona, había desaparecido hacía ya mucho tiempo de la Oceanía.

Una veintena de lanceros, que componía to-

da la guardia de honor de Pomaré, estaba formada en la playa para recibirnos.

Cuando la reina apareció, los coros de *himené* entonaron á un tiempo el tradicional: ¡*La ora na oe, Pomaré vahine!*—(¡Salud á tí, reina Pomaré!)—Y los bosques propagaron este atornador eco.

Parecía que acabábamos de poner los pies en alguna isla encantada que se hubiera puesto en movimiento al solo contacto de mágica varita.

XXVIII

Fué muy larga y duró mucho la ceremonia de la consagración del templo de Afareahitu. Los misioneros pronunciaron en lengua tahitiana extensas pláticas, y los *himené* entonaron alegres cánticos al Eterno.

El templo estaba edificado con coral; y el techo, de hojas de *pandanus*, sostenido por maderas de las islas que unían entre sí cuerdas de diferentes colores, formando dibujos regulares y complicados: este era el estilo antiguo de las construcciones *maoris*.

Recuerdo aún aquel cuadro original: las puertas del fondo, abiertas de par en par, dando vista al campo, á un panorama admirable

de montañas y de altas palmeras; cerca de la silla del misionero, la Reina, en traje negro, triste y recogida, orando por la salud de su nietecita con su vieja amiga la jefa de Papara. Las mujeres de su servidumbre con trajes blancos, agrupadas en rededor de ellas. El templo lleno de cabezas cubiertas de flores, y Rarahu, á quien yo había dejado salir del *Rendeer* como á una desconocida, confundida entre aquella muchedumbre.

Reinó un gran silencio cuando el *himené* de Apiré, que había sido reservado para el final, entonó sus cánticos, y yo distinguí entonces, detrás de mí, la voz fresca de mi amigueta que dominaba el coro. Bajo la influencia de una exaltación religiosa ó apasionada, ejecutaba con frenesí las más fantásticas variaciones; su voz vibraba con la sonoridad de un cristal en el silencio de aquel templo, en el cual cautivaba la atención de todos.

XXIX

Después de la ceremonia, pasamos á la sala del banquete. Al aire libre, en medio de los cocoteros y bajo pabellones de verdura, habían colocado las mesas. Mesas grandísimas á las

cuales podían sentarse á gusto y desahogadamente quinientas ó seiscientas personas; los manteles estaban materialmente cubiertos de dentadas hojas y de flores de amaranto. Había allí también una gran cantidad de platos montados, compuestos por los chinos, entre los troncos de los plátanos y de diversas plantas raras. Al lado de los manjares europeos, se encontraban los manjares tahitianos; los postres de frutas; los cochinitos asados y colocados enteros sobre la hierba, y los platos de bicerra fermentados en leche. Diversas salsas eran servidas en grandes y profundas conchas llenas hasta los bordes. Estas conchas eran tan grandes, que les costaba gran trabajo á los encargados de servir las salsas llevarlas de un lado á otro. Los jefes y las jefas iban, por riguroso turno y obedeciendo á un ceremonial, á pronunciar cada uno su discurso ante la Reina, y lo hacían con tales y tan intensos gritos, y con tal volubilidad, que se les hubiera creído poseídos. Los que no habían podido tomar asiento á la mesa, comían de pie apoyados en los hombros de los que habían conseguido sentarse; aquello era una batahola y una confusión indescriptibles...

Sentado cerca de las princesas, yo, había afectado no ocuparme para nada de Rarahu, la cual estaba lejos de mí, confundida entre las gentes de Apiré.

XXX

Cuando fué de noche en los bosques de Afareahitu, la Reina se retiró al *Farehaü* del distrito, en donde la habían preparado su alojamiento. El *Almirante de los cabellos blancos* regresó á su fragata, y la *upa-upa* comenzó.

Todo pensamiento religioso, todo sentimiento cristiano, habían desaparecido con el día; la tibia y voluptuosa oscuridad, descendía de nuevo sobre la isla salvaje, como en los tiempos en que los primeros navegantes la designaron con el nombre de *La nueva Citea* (1); todo se convirtió en seducción, perturbaciones sensuales y apetitos desenfrenados.

Y yo había seguido al *Almirante de los cabellos blancos*, abandonando á Rarahu entre la enloquecida muchedumbre...

XXXI

Cuando me encontré solo á bordo, subí lleno de tristeza sobre el puente del *Rendeer*. La

(1) Isla de Venus ó del amor.—(N. del T.)

fragata, por la mañana tan animada, estaba vacía y silenciosa; los mástiles y las vergas se destacaban á la velada luz de aquella noche; el aire estaba encalmado, y la mar inerte.

Los elevados picos de las montañas de Moorea dibujaban en negro, sobre el agua, sus siluetas invertidas; á lo lejos se veían las fogatas que iluminaban la *upa-upa*; y roncacas voces, que entonaban lúbricos cánticos, acompañados á destiempo por golpes de *tam-tam*, llegaban en confuso murmullo hasta mí.

Entonces experimenté profundos remordimientos por haberla abandonado en medio de aquella saturnal; una inquieta tristeza me retenía allí sobre el puente con la mirada fija en las fogatas de la playa; aquellos ruidos que venían de la tierra me oprimían el corazón.

Una tras otra, todas las horas de la noche sonaron á bordo del *Rendeeer* sin que el sueño viniera á poner fin á mi extraño desvarío. ¡La quería mucho á la pobre pequeñita! Los tahitianos decían de ella: es la mujercita de Loti. Era en efecto mi mujercita; tanto mi corazón como mis sentidos me obligaban á amarla. Y sin embargo, entre nosotros dos existían abismos insondables, barreras imposibles de salvar. Ella era una criaturita salvaje, y entre ambos existía siempre la diferencia radical de razas, la divergencia de las primeras nocio-

nes de todas las cosas; si mis ideas y mis concepciones permanecían á menudo impenetrables para ella, también las suyas lo eran para mí: mi infancia, mi patria, mi familia y mi hogar, todo esto sería siempre para ella lo incomprendible, lo desconocido. Con frecuencia venía á mi memoria el recuerdo de lo que ella me había dicho un día:

—Temo que no sea un mismo Dios el que nos ha creado á ambos.

En efecto, éramos hijos de dos naturalezas bien separadas y bien diferentes, y la unión de nuestras almas no podía ser sino pasajera é incompleta.

¡Pobre y querida Rarahu! bien pronto, cuando el uno estemos muy lejos del otro, volverás á ser por toda la vida una mujercita *maorí*, ignorante y salvaje, que extinguirá sus días en la lejana *is'a*, sola y olvidada, sin que acaso Loti lo sepa...

En el horizonte una línea apenas visible comenzaba á dibujarse en alta mar: era la isla de Tahiti; el cielo clareaba por Oriente; las fogatas se extinguían en tierra, y los cánticos no se oían ya.

Yo pensaba que á aquella hora, especialmente voluptuosa, Rarahu estaría allí; en tierra; enervada por la danza; abandonada á sí misma, y este pensamiento me abrasaba como un hierro candente.

XXXII

A las dos de la tarde, la reina y las princesas se embarcaron de nuevo para regresar á Papeete. Cuando hubo terminado el ceremonial de recepción, registré ansioso con la vista los botes, piraguas y balleneras que conducían á bordo al acompañamiento de la reina; éste había aumentado su número con una porción de jóvenes de Moorea que querían prolongar la fiesta en Tahiti.

Al fin divisé á Rarahu, estaba allí, regresaba también. Había trocado su *tapa* blanca por otra de color rosa, y colocado nuevas y frescas flores sobre sus cabellos; tenía el aspecto triste y distraído; su rostro estaba más pálido que de ordinario; resaltaban más los dibujos en su frente descolorida, y los círculos azules se habían acentuado aún más debajo de sus párpados.

A no dudarlo había permanecido en la *upa-upa* hasta por la mañana; pero estaba allí ya; volvía, y esto era por el momento todo lo que yo deseaba.

XXXIII

La travesía se había verificado con un hermoso tiempo y la mar en calma.

Empezaba á anochecer, y el sol había desaparecido; la fragata se deslizaba sin ruido alguno, dejando tras sí suaves y lentas ondulaciones que iban á perderse en el mar, terso como un espejo. Grandes y sombrías nubes, diseminadas acá y allá, formaban violento contraste con la luz, de un amarillo pálido, del crepúsculo.

En la proa del *Rendeer* un grupo de mujeres jóvenes se destacaba graciosamente sobre el mar y sobre los paisajes oceánicos. La vista de aquel grupo me causó gran extrañeza. Ariitéa y Rarahu conversaban como antiguas amigas, rodeadas de Maramo, Faimana y otras dos damas de la corte.

Se trataba de un *himené*, compuesto por Rarahu, que las otras estaban aprendiendo de ella, y que iban á cantar todas reunidas.

Entonaron, en efecto, una canción nueva llevando la voz cantante Ariitéa, Rarahu y Maramo y formando las otras el acompañamiento. Rarahu, cuya voz vibraba dominando á las demás, se lamentaba en lenguaje maori de la au-

sencia de su amado, comparando la magnitud del dolor que esta ausencia la causaba á la magnitud del monte Paia (1), añadiendo que había arrancado su *tiaré* (la flor de las fiestas); es decir, que para ella se habían acabado las alegrías y las fiestas, y terminando con estas frases: *¡Tú has partido, mi bien amado, hacia la tierra de Francia; tú volverás la vista hacia mí, pero yo no te volveré á ver! ¡Ay de mí!* (2).

Este cántico, que vibraba tristemente en la inmensidad del gran Océano, repetido con extraño ritmo por tres voces femeninas, quedó grabado para siempre en mi memoria como uno de los más vivos recuerdos que dejó en mí la Polinesia...

XXXIV

Era ya muy de noche cuando el bullicioso cortejo verificó su entrada en Papeete, en

(1) Montaña de Bora-Bora, cuya magnitud y cuya altura son incalculables.—(N. del T.)

(2) Como la traducción en verso no hubiera expresado fielmente el carácter de la canción de Rarahu, en lenguaje tahitiano, hemos creído oportuno traducirla literalmente.—(Nota del Traductor.)

donde fué recibido por numerosa gente del pueblo.

A poco, nos encontramos Rarahu y yo, caminando el uno al lado del otro por el sendero que conducía á nuestra morada. Un mismo sentimiento nos había llevado á ambos hasta aquel sendero, por el cual caminábamos sin hablarnos, como dos niños regañados que no saben cómo volver á contentarse.

Abrimos la puerta de nuestra cabaña, y cuando hubimos entrado nos miramos el uno al otro...

Yo esperaba una escena de reproches y de lágrimas. En lugar de esto, se sonrió volviendo la cabeza hacia otro lado, con imperceptible movimiento de hombros y con expresión, que yo no podía esperar en su fisonomía, de desencanto, de amarga y triste ironía.

Aquella sonrisa y aquel encogimiento de hombros, decían más que un largo discurso; decían sobre poco más ó menos, pero de manera precisa y contundente:

—¡Bahl! ¡Bien sabía yo que no era para tí más que una criatura inferior, juguete del momento que había ido á parar á tus manos! Para vosotros los hombres blancos, eso es todo lo que nosotras podemos ser. Pero ¿qué ganaría yo con enfadarme? Estoy sola en el mundo, y que seas tú ó sea otro, ¿qué más da? Yo era tu querida; esta es nuestra casa; sé

que me desearas aun, y he venido: ¡eso es todo!...

La inocente niña había hecho terribles progresos en la ciencia de las cosas de la vida; la niña salvaje había llegado á ser más fuerte que su maestro, y le dominaba.

La miré en silencio, sorprendido y triste; me inspiraba mucha lástima, y fui yo quien pidió perdón, casi llorando, y cubriéndola de besos.

Me amaba aún, me amaba como pudiera amarse á un ser sobrenatural á quien apenas pudiera tocar y comprender...

Días tranquilos de dicha y de amor se sucedieron aun después de esta aventura de Afa-reahitu; el incidente fué olvidado, y el tiempo continuó su enervadora carrera.

.....

XXXV

Tiahoui, que había venido á Papeete, se presentó en nuestra casa con otras dos jóvenes de Papéouriri, *fetii* (parientes) suyas.

Una noche me llamó aparte, con la seriedad que precede á las confidencias solemnes, y fuimos ambos á sentarnos en el jardín bajo las adelfas.

Tiahoui era una mujercita muy formal y más prudente que lo son de ordinario las mujeres tahitianas; en su lejano distrito había seguido con admiración las instrucciones de un misionero indígena, y abrigaba en su seno la ardiente fe de los neófitos. En el corazón de Rarahu, en el cual leía ella como en un libro abierto, había visto cosas extrañas.

—Loti—me decía,—Rarahu se pierde en Papeete. Cuando tú te hayas ido, ¿qué va á ser de ella?

En efecto, el porvenir de Rarahu me preocupaba; con la diferencia tan radical de nuestras naturalezas, yo no me daba cuenta, sino de una manera imperfecta, de sus contradicciones y extravíos. Comprendía, sin embargo, que estaba perdida; ¡perdida de cuerpo, y perdida de alma! Quizá esto era para mí un encanto más, el encanto de los que van á morir, y más que nunca comprendía yo entonces que la amaba.

No había muchacha de carácter más dulce ni más apacible, que mi amiguita Rarahu; silenciosa casi siempre, tranquila y sumisa, no tenía ya aquellos arrebatos de antes. Era simpática y agradable á todos. Cuando se llegaba á nuestra cabaña y se la veía allí, siempre sentada, á la sombra de la galería, en cómoda y perezosa postura, sonriendo á todos con la mística sonrisa de los *maoris*, se hubiera dicho

que nuestra cabaña y nuestros grandes árboles cobijaban todo un poema de tranquila é inalterable dicha.

Tenía para conmigo momentos de ternura infinita; en tales momentos parecía que experimentaba gran necesidad de abrazar, de estrechar contra su pecho á su único amigo y sostén en este mundo.

Entonces la idea de mi partida la hacía derramar silenciosas lágrimas, y estas lágrimas me llevaban á mí á pensar de nuevo en el insensato proyecto, que por tanto tiempo abrigué, de quedarme para siempre á su lado.

Algunas veces cogía la vieja Biblia que había llevado de Apiré, y que conservaba como su más preciado tesoro; oraba con éxtasis, y ardiente y sincera fe brillaba en sus ojos.

Otras veces, muy á menudo, se aislaba de mí y mostraba de nuevo, vagando por sus labios la misma sonrisa de duda y de escepticismo, que yo había visto por primera vez en ella la noche de nuestro regreso de Afareahitu. Parecía que al mismo tiempo contemplaba en el vacío cosas misteriosas; extraños recuerdos, de su corta infancia de niña salvaje, acudían en tropel á su imaginación; sus inesperadas preguntas sobre puntos singularmente profundos, denotaban el desarreglo de su imaginación y lo confuso de sus ideas.

Su sangre de *maorí* la abrasaba las venas;

tenía días de fiebre y de profundas perturbaciones, durante los cuales no parecía ser la misma. Me era absolutamente fiel, en el sentido que las mujeres de Papeete dan á esta palabra; es decir, que era prudente y reservada para con los jóvenes europeos; pero si no me engaño, tenía amantes tahitianos. Yo perdónaba y fingía no ver: ¡ella, la pobre, no era por completo responsable de su naturaleza ardiente y apasionada!

Físicamente no tenía aun ninguno de los síntomas que en Europa caracterizan á las jóvenes enfermas del pecho; su talle y su garganta eran redondos y correctos como los de las hermosas estatuas de la Grecia antigua. Y, sin embargo, la característica tos, parecida á la de los hijos de la reina, era cada vez más frecuente en ella, y el azulado círculo se acentuaba cada día más bajo sus grandes ojos.

¡Era la diminuta, conmovedora y triste representación de la raza polinesiana, que se extingue al contacto de nuestra civilización y de nuestros vicios, y que bien pronto no será más que un recuerdo en la historia de la Oceanía!...

XXXVI

El momento de la partida había llegado: el *Rendeeer* se iba á California (*¡te fenia Cali-*

fornia), como decía la nietecita de la reina.

Esta no era la partida definitiva, es verdad; á la vuelta, aunque de paso, debíamos detenernos de nuevo en la *isla deliciosa* por un mes, ó quizás por dos. Sin esta certidumbre que tenía de volver, es probable que en aquellos momentos no hubiera partido; dejarla sola para siempre, hubiera sido determinación harto superior á mis fuerzas y que me destrozaría el corazón.

Próximo ya el momento de partir el *Rendeer*, empezó á atormentarme el recuerdo de aquella Taimaha, que había sido la mujer de mi hermano *Rouéri*. Me era penosísimo, sin que me explicara el por qué, partir sin conocerla, y se lo confié así á la reina, rogándola encarecidamente diese sus órdenes para que yo pudiese tener una entrevista con ella.

Pomaré pareció interesarse mucho en que lograra lo que deseaba y la había pedido:

—¿Cómo, Loti, me dijo, quieres verla? ¿Te había hablado de ella *Rouéri*? ¿Conque es decir que no la había olvidado?

Y la vieja reina pareció sumirse en tristes recuerdos del pasado, encontrando quizás en estos recuerdos el olvido de algunos á quienes ella había amado y que habían partido para no volver.

XXXVII

Era ya la última noche que permanecía allí el *Rendeer*...

Resultaba de las averiguaciones, hechas apresuradamente por la reina, que Taimaha estaba desde la víspera en Tahiti; y el jefe de los *mutoi* (1) de palacio, había sido el encargado de llevarla la orden de encontrarse á la puesta del sol en la playa, frente á donde estaba anclado el *Rendeer*.

A la hora de la cita nos presentamos en el lugar designado Rarahu y yo.

Esperamos mucho tiempo sin que Taimaha pareciese;—me lo había temido antes de ir.

Con singular angustia veía yo huir los últimos momentos de nuestra también última noche, de permanencia allí. Esperaba con indescriptible ansiedad; hubiera dado cualquier cosa, algo muy querido por mí, en aquel instante, por ver á aquella criatura, con la cual había soñado desde mi infancia, y que iba unida hacía mucho tiempo y de manera muy poética al recuerdo de *Rouéri*. Mi angustia era mayor,

(1) Los soldados de la escolta de la reina.—(N. del T.)